

A la búsqueda de la promoción social: entre el matrimonio y el empleo. Representaciones del trabajo femenino en las crónicas de Roberto Arlt

GRACIELA QUEIROLO

En 1928 Roberto Arlt se hizo cargo de la columna “Aguafuertes” del recién creado diario *El Mundo*, columna que escribió con una regularidad casi diaria hasta 1942, año de su muerte. Muchas de sus crónicas relatan escenas de la vida urbana protagonizadas por los sectores sociales en ascenso cuyo fin es alcanzar, o bien mantener, cierta prosperidad material. Entre los personajes representados por Arlt que persiguen tales objetivos se identifica fácilmente a las mujeres, cuyas estrategias para cumplirlos están constituidas, en primer lugar, por el matrimonio, pero también por el trabajo asalariado.

Por esos años, el mundo del trabajo asalariado femenino poseía difusos contornos en una amplia gama de situaciones, dentro de las cuales podemos mencionar a mujeres que se desempeñaban en el servicio doméstico –mucamas, planchadoras, lavanderas, cocineras, niñeras–, a las que realizaban tareas de costura, a las obreras, a las vendedoras de casas comerciales, a las empleadas administrativas, a las maestras. Más allá de las diferencias relativas al tipo de tareas, capacidades necesarias, tiempos y lugares de realización, en todas esas situaciones nos encontramos con mujeres que invertían tiempo y energías, tanto físicas como emocionales, para la realización de una actividad por la cual recibían una retribución monetaria.

Las trabajadoras porteñas fueron creadas por los cambios modernizadores que hundían sus raíces en las últimas décadas del siglo XIX¹. Dentro de

¹ No entraremos en este escrito en un análisis cuantitativo del trabajo femenino. Para ello remito al estudio de Asunción Lavrin, quien afirma que se produjo un crecimiento de la participación femenina en las actividades económicas en el período comprendido entre 1890 y 1940. Su investigación señala un crecimiento de la participación femenina en la industria, el comercio, la administración pública y el sistema educativo. Como centro industrial y administrativo, Buenos Aires ofreció modernas oportunidades laborales, a pesar de la abrumadora mayoría de mujeres en el servicio doméstico. Cfr. ASUNCIÓN LAVRIN, *Women, Feminism, and Social Change in Argentina, Chile, and Uruguay 1890-1940*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1995. Para un análisis de la cuantificación de la mano de obra femenina ver GRACIELA QUEIROLO, “El trabajo femenino en la ciudad de Buenos Aires (1890-1940): una

dichos cambios se destacan la inmigración, la urbanización, la expansión del mercado interno y la movilidad social, que hallaron un punto de encuentro en la ciudad de Buenos Aires. La llegada masiva de inmigrantes, mujeres y hombres en la búsqueda de una mejor calidad de vida, permitió el crecimiento de la ciudad, cuyos habitantes conformaron un mercado interno que debió ser abastecido por una red de industrias, comercios y servicios. Quienes se desempeñaban como mano de obra, al tiempo que se convertían en consumidores, eran los inmigrantes y sus descendientes, a su vez, todos involucrados y anhelantes de triunfar en el proceso de ascenso social. Fue ésta una carrera que se planteó como individual pero en la que todo el grupo familiar –marido, esposa e hijos– estuvo comprometido a través de su participación en el mercado de trabajo, y cuyos logros más evidentes fueron la casa propia, el pequeño comercio, la educación de las hijas y los hijos. No todos fueron exitosos en este proceso, y la llamada cuestión social, que se manifestó a través de bajos salarios, problemas de vivienda, enfermedades, entre otras situaciones, estuvo presente. Pero la novel sociedad porteña estuvo atravesada por una serie de oportunidades que se conjugaron en éxitos cuando fueron aprovechadas, y en dicho aprovechamiento intervinieron circunstancias fortuitas.

De esta manera, mujeres y hombres se hicieron visibles en las calles porteñas –en los barrios y en el centro, unidos por subterráneos y tranvías– yendo o retornando de sus puestos de trabajo, a la búsqueda o en el ejercicio de ellos, o simplemente desplazándose. Mientras estas circunstancias públicas fueron consideradas naturales, y por lo tanto normales, para los hombres, para las mujeres fueron concebidas extrañas e inclusive peligrosas para su moralidad. En este imaginario intervino la *ideología de la domesticidad* asociada estrechamente con el proceso de maternalización de las mujeres².

revisión historiográfica”, en *Revista Temas de Mujeres n° 1*, CEHIM, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, http://www.filo.unt.edu.ar/rev_digitales.htm, 2004.

² Tomamos esta conceptualización de la historiadora Joan Scott, quien en su estudio de los procesos históricos europeos sostiene que la ideología de la domesticidad se constituye en una serie de procesos discursivos que conciben la división sexual del trabajo o la separación entre hogar y trabajo durante el desarrollo del capitalismo industrial, como parte de un desarrollo histórico inevitable. Su análisis reconstruye dichos procesos discursivos que derivan en la creación de identidades femeninas y masculinas. Cfr. JOAN SCOTT, “La mujer trabajadora en el siglo XIX”, en GEORGES DUBY, MICHELLE PERROT (dir.), *Historia de las mujeres. El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 427-461. Por su parte, la historiadora argentina Marcela Nari ha estudiado el proceso de maternalización de las mujeres prestando atención a la unívoca relación que se establece entre la condición femenina y la maternidad. Cfr. MARCELA NARI, *Políticas de maternidad y maternalismo político; Buenos Aires (1890-1940)*, Buenos Aires, Biblos, 2005.

Dicha ideología concibió como opuestos irreconciliables femineidad y mundo público, porque la identidad femenina fue asignada a la maternidad y a la domesticidad. De esta manera, la identidad primaria de las mujeres fue determinada por sus posibilidades de gestar y alumbrar, condiciones que la ciencia biológica naturalizó con la asignación de un instinto maternal innato. El lugar de una madre era el mundo privado en donde debía hacerse cargo de las actividades hogareñas que atañían a todo el grupo familiar, es decir, tareas vinculadas con la limpieza de la vivienda, el cuidado de la ropa, la adquisición y preparación de los alimentos, la atención de niños. Así, las tareas domésticas también fueron feminizadas y, por lo tanto, naturalizadas en las mujeres.

El trabajo asalariado femenino competía, en cuanto al uso del tiempo y la dedicación de las fuerzas físicas y emocionales, como ninguna otra actividad con la maternidad, puesto que una trabajadora permanecía una larga jornada fuera de la casa, ausencia que impedía el cuidado de la descendencia y una correcta atención del hogar. De acuerdo con estos principios de la domesticidad, la llamativa presencia femenina en el mercado laboral fue concebida como excepcional, transitoria y complementaria de los ingresos masculinos. Excepcional porque si las mujeres trabajaban era por necesidad, debido a situaciones de pobreza extrema del grupo familiar, de soltería o de viudez. Transitoria, porque el trabajo podía ocupar una etapa de sus vidas y sería abandonado luego del matrimonio o de una situación de bonanza familiar. Permanentemente, los salarios femeninos eran inferiores a los salarios masculinos porque los empleadores sostenían que los ingresos de las mujeres completaban un presupuesto familiar deficitario. Es así como la ideología de la domesticidad no sólo obturó el reconocimiento de la identidad femenina como proveedora del presupuesto familiar o como jefa de hogar, sino que instaló el estigma social de los favores sexuales –una especie de prostitución– sobre las conductas morales de las asalariadas. También las trabajadoras fueron concebidas como “mujeres invertidas” o “mujeres masculinas”, es decir que ocupaban espacios de hombres; pero a diferencia de los trabajadores hombres, a la jornada laboral debían sumar el trabajo doméstico, del que no podían desentenderse y que las feminizaba, afrontando así la doble jornada.

La ideología de la domesticidad se expresó en el discurso médico que resultó imprescindible para legitimar la naturalización de la maternidad a través de la biología, en la legislación estatal que en el Código Civil (1869, 1926) sancionó restricciones para el desempeño público de las mujeres, mientras que con la legislación laboral protegía a las mujeres en calidad de madres y no de trabajadoras (ley 5291 de 1907; ley 11.317 de 1924; ley

11.933 de 1934), en las diferentes ideologías partidarias –liberales, socialistas, anarquistas– y confesionales, que más allá de sus disímiles postulados sociales tuvieron como denominador común la definición maternal de las mujeres, en la escuela, cuyos manuales de lectura reprodujeron estereotipos maternos y domésticos asociados con las mujeres, y donde la Economía Doméstica enseñó a las niñas cómo hacer correctamente sus quehaceres hogareños, en la prensa periódica –diarios y revistas–, donde se escribieron columnas femeninas cuyos cronistas vinculaban a las mujeres con el hogar y las tareas maternas, y donde la publicidad reforzó tales vínculos³.

Otro de los campos discursivos empapado por la ideología de la domesticidad fue el campo literario, donde se crearon y difundieron representaciones que celebraban la maternalización de las mujeres, mientras condenaban otras actividades vinculadas con el espacio público al relacionarlas con situaciones negativas, o bien sentenciarlas con la sospecha moral que caía sobre ellas. Sirven de ejemplo el poema de Evaristo Carriego, “La costurera que dio aquel mal paso” (1913), y las novelas de Manuel Gálvez, *Nacha Regules* (1919) e *Historia de arrabal* (1922). Ambos escritores elaboran las imágenes de “el mal paso” y “la caída”, respectivamente, en las cuales se asocia trabajo femenino con abandono, enfermedad y prostitución.

Ahora bien, como ya señalamos en otro escrito⁴, junto a las representaciones predominantes de la domesticidad es posible hallar en la literatura otras representaciones, minoritarias por cierto, que cuestionan a las primeras: mujeres que trabajan y no cometen el “mal paso”, mujeres que eligen permanecer en el mercado laboral, mujeres que devienen una suerte de empresarias exitosas. Esto es indicativo de las fisuras que poseía la ideología de la domesticidad, contradicciones que pueden ser leídas como la crisis de dicha ideología, o bien como las dificultades que presenta para significar la presencia pública de las mujeres. En otras palabras, el trabajo asalariado femenino puede ser interpretado como un nuevo espacio ocupado por ciertas mujeres –aquéllas de los sectores medios o en ascenso– que lo elegían no sólo por necesidad sino como opción al hogar, pero también con el propósito de concretar el ascenso social; o bien como una actividad característica de

³ TANIA DIZ, *Mujeres del S. XX: niñas inútiles, chicas-loro y dactilógrafas perfectas. Tipos femeninos en la prosa periodística de Alfonsina Storni*, tesis de maestría, Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Rosario, mimeo, 2005.

⁴ QUEIROLO, “Imágenes enfrentadas del trabajo femenino en la ciudad de Buenos Aires (1910-1930)”, en ALICIA SALOMONE, GILDA LUONGO, NATALIA CISTERNA, DARCIÉ DOLL y GRACIELA QUEIROLO, *Modernidad en otro tono. Escritura de mujeres latinoamericanas: 1920-1950*, Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 2004, pp. 199-218.

los procesos modernizadores que si bien contradecía los principios de la domesticidad, era funcional a la modernidad, puesto que la mano de obra femenina tenía sus beneficios para los capitalistas (bajo costo, motricidad fina, docilidad de las mujeres).

Las mujeres de los sectores sociales en ascenso que perseguían una cierta promoción social del grupo familiar, cuando no personal, fueron tipeadas en abundancia por la máquina de escribir de Roberto Arlt –la *underwood*–. Como integrantes del clima cultural de una época, sus crónicas están atravesadas por la ideología de la domesticidad. De esta manera, nos encontramos con representaciones de personajes femeninos que la reproducen, pero también con otros que la cuestionan. Dada la enorme cantidad de Aguafuertes, hemos hecho una selección de ellas –publicadas entre julio de 1928 y agosto de 1937– en pos de recortar estas representaciones femeninas, con el propósito de analizar las tensiones que presenta el imaginario de la domesticidad, las cuales son indicativas de la problematización de la presencia de las mujeres en el mundo público.

¡QUIERO CASARME!⁵

Estas palabras son pronunciadas por muchas de las protagonistas de las Aguafuertes. Para Arlt, las mujeres conciben el matrimonio como una solución económica a sus vidas: “La mayoría de las mujeres quieren arreglar económicamente su vida. Es decir casarse”⁶. La elección del candidato se convierte en algo clave, puesto que a mejor empleo o profesión del varón, mejor bienestar material tendrá la mujer. Por lo tanto, según Arlt, “un novio no vale por la cara sino por otras cosas. Por el sueldo, por lo empacador de vento que sea, por lo cuidadoso del laburo... por los ascensos que puede tener...”⁷. Así, la búsqueda de marido aparece como una delicada y minuciosa tarea: “se encuentran mujeres que anualmente pueden hacer un balance de doce novios. [...] A uno por mes. Lo estudian, lo observan. ¿No es mercadería para casarse? ¡Afuera! ¡Que venga otro! [...]”⁸. Esto le permite afirmar al

⁵ ROBERTO ARLT, “¡Quiero casarme!”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 5 de agosto de 1931, en ARLT, *Obras*, p. 315.

⁶ ARLT, “Primeras palabras para conquistar a la dama”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 7 de diciembre de 1929, en ARLT, *Las muchachas*, p. 49.

⁷ ARLT, “¡Atenti nena, que el tiempo pasa!”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 3 de septiembre de 1930, en ARLT, *Las muchachas*, p. 88.

⁸ ARLT, “¡Quiero casarme!”, cit., p. 317.

cronista: “No es el hombre el que elige a una mujer ¡no!, es la mujer la que elige a su hombre”⁹.

Ahora bien, una excesiva evaluación de candidatos puede provocar un efecto contrario al perseguido, y entonces la muchacha quedará soltera. El paso del tiempo juega en contra de las mujeres porque la indefinición en la elección del candidato acompaña el envejecimiento de la buscadora: “No hay un minuto que perder. La juventud vuela. Se va. Una mujer ‘no debe quedarse para vestir santos’”¹⁰, puesto que conocería el infierno de la soltería¹¹ o quedaría agriada por el celibato¹². Es el caso de las mujeres después de los veintiséis años, quienes:

hasta los veinte años fueron las mozas absurdas y pretensiosas que adornan todos nuestros barrios. [...] Tuvieron novios, pero uno porque no era elegante, el otro porque “tenía un no sé qué”, el tercero porque no ganaba suficientemente. El caso es que sintiéndose fuertes no quisieron casarse esperando algo mejor. [...] Luego pasó el tiempo¹³.

El ámbito familiar tiene una importancia fundamental en la difusión de estos principios, puesto que son inculcados a las niñas desde muy temprano: “Como una mujer desde que nace, está oyendo la frasecita de que ‘la mujer debe casarse, la mujer debe formar hogar’ lo único a que dedica sus actividades es a eso”¹⁴, o bien: “Desde chicas oyen hablar del matrimonio. [...] Para estas mujeres criadas con semejante criterio no puede haber más que un final: casarse”¹⁵. En muchos relatos es el grupo familiar el que se involucra en la elección de un candidato apropiado y conveniente que no se aproveche de los ahorros acumulados a lo largo de años de trabajo de la familia, lo cual significaría un obstáculo en la carrera de la promoción social. Son las madres quienes evalúan a los insinuantes¹⁶, así como son ellas quienes recuer-

⁹ ARLT, “Primeras palabras...”, cit.

¹⁰ ARLT, “¡Quiero casarme!”, cit., p. 317.

¹¹ ARLT, “Mujeres después de los veintiséis años”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 4 de marzo de 1929, en ARLT, *Secretos*, p. 16.

¹² ARLT, “La madre en el balcón”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 1 de enero de 1933, en ARLT, *Secretos*, p. 31.

¹³ ARLT, “Mujeres después de los veintiséis años”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 4 de marzo de 1929, en ARLT, *Secretos*, p. 15.

¹⁴ ARLT, “Casarse porque sí”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 16 de mayo de 1931, en ARLT, *Secretos*, p. 94.

¹⁵ ARLT, “Lo esencial es casarse”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 21 de mayo de 1931, en ARLT, *Obras*, p. 311.

¹⁶ ARLT, “La madre...”, cit. ARLT, “Silla en la vereda”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 11 de diciembre de 1929, en ARLT *Obras*, p. 89.

dan a los novios aceptados el paso del tiempo y la apremiante necesidad de definir la fecha del enlace. Un recurso empleado por las futuras suegras es la insinuación de que su hija puede ser pretendida por otros de mejor posición socioeconómica: “El otro día no más un ‘dotor’ andaba dando vueltas por ahí. [...] Otro que también la pretendía era un ingeniero [...]”¹⁷. “Noviazgos largos no los tolero”¹⁸, les recordarán a quienes pretendan ser “calientasillas”, prototipos de novios eternos¹⁹. Pero también las novias emplean tal ardid cuando insinúan a sus candidatos:

En casa dicen que vos no te resolvés, que con vos no se puede contar... Y mamá tiene entre ojos un candidato que me es odioso, ¿sabés? Un hombre de plata... Quieren que me case con un hombre de mucha plata. [...] Y yo no quiero, ¡Yo quiero casarme con vos! [...] ¿Por qué no te resolvés querido?²⁰.

Si con la búsqueda de un candidato que las satisfaga económicamente las mujeres se juegan el futuro²¹, una vez que el candidato ha sido seleccionado se practican los hábitos del noviazgo, los cuales implican un conjunto de rituales: visitas a la prometida²², elocuentes miradas, apretones de manos, besos en el zaguán, regalos, un anillo²³. Dentro de tales rituales, está presente la vigilancia de otro miembro de la familia, ya sea una hermana soltera, un hermano pequeño, la madre o el padre²⁴, con el fin de evitar cualquier exceso pasional que desemboque en una pérdida de la virginidad o un embarazo de soltera, que conduciría a comentarios no siempre bien intencionados

¹⁷ ARLT, “Pase nomás joven”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 12 de agosto de 1931, en ARLT, *Obras*, p. 327.

¹⁸ *Ídem, ibídem*, en *ídem*, p. 328.

¹⁹ ARLT, “El calientasillas”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 14 de agosto de 1931, en ARLT, *Obras*, p. 332; “Del que no se casa”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 2 de octubre de 1930, en ARLT, *Obras*, p. 149.

²⁰ ARLT, “Quieren que me case con otro”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 20 de agosto de 1931, en ARLT, *Obras*, p. 339.

²¹ ARLT, “Mujeres después...”, cit., p. 17.

²² ARLT, “Yo no quiero saber de líos”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 18 de enero de 1930, en ARLT, *Las muchachas*, p. 9; “Pase nomás joven”, cit., pág. 326.

²³ ARLT, “Anda con otra”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 10 de junio de 1930, en ARLT, *Las muchachas*, p. 26; “Guardianes de la castidad”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 16 de enero de 1932, en ARLT, *Secretos*, p. 62.

²⁴ ARLT, “Yo no hablo mal del matrimonio”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 21 de noviembre de 1929, en ARLT, *Las muchachas*, p. 44; “La madre...”, cit., p. 27; “El acompañante”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 6 de enero de 1929, en ARLT, *Secretos*, p. 53; “El hermanito coímero”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 15 de julio de 1930, en ARLT, *Obras*, p. 154.

de alguna vecina, del estilo de “¡y vaya a saber cómo quedó esa chica! Yo no quisiera pensar mal...”²⁵.

La calle es el lugar donde se producen los contactos entre mujeres y hombres. Las miradas, el acercamiento, las palabras, son situaciones posibles para el inicio de una relación que puede convertirse en noviazgo²⁶. Un momento previo al noviazgo es el *flirt* que se practica en las aceras o en diversos eventos sociales y que consiste en intercambios de miradas y palabras banales: “Las conversaciones se desarrollan devanando temas fáciles: espectáculos, clima, cine”²⁷. Aunque el espacio público, “tranvías, teatros, cines, ferrocarriles, cafés, calles, frentes de tiendas”²⁸, también es representado como un lugar peligroso para las muchachas, incluso para las que están acompañadas por un hombre, ya que allí pueden ser sometidas a frases obscenas, manoseos y miradas insolentes que hombres, jóvenes o maduros, realizan sobre ellas²⁹.

Al casamiento, fin del noviazgo, le siguen la vida doméstica y maternal para las mujeres y la vida laboral para los hombres. Madres al cuidado del hogar y los hijos y padres proveedores económicos se enfrentan a la monotonía de la vida matrimonial. Para ellos está legitimada la distracción pública –el café, el cabaret– que se puede justificar ante la esposa con un bien material. “Obséquiela a su esposa”³⁰, aconsejará un casado a otro, para compensar el regreso al hogar a altas horas de la noche. Es un presente, tan simple como un paquete de caramelos, lo que convierte al trasnochador en un marido ejemplar, quien afirma: “Mis insignificantes regalos le permiten pavonearse ante las amigas. [...] El gremio de las mujeres casadas hay que conocerlo. [...]”³¹.

Para ellas queda la resignación de las esposas plácidas y filosóficas que comprenden a sus cónyuges y se enorgullecen de sus regalos, o bien el enojo y los celos que las llevan a exclamar “vos querés salir solo. Yo ya te abu-

²⁵ ARLT, “Pase nomás joven”, cit., p. 328.

²⁶ ARLT, “El indeciso”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 4 de enero de 1929, en ARLT, *Secretos*, p. 48.

²⁷ ARLT, “Dos comedias: Flirt y Noviazgo”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 11 de agosto de 1931, en ARLT, *Obras*, p. 324.

²⁸ ARLT, “Como se ofende a la mujer”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 26 de agosto de 1937, en ARLT, *Las muchachas*, p. 73.

²⁹ *Ídem*, *ibídem*.

³⁰ ARLT, “El hombre que llega tarde a dormir a su casa”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 27 de noviembre de 1928, en ARLT, *Las muchachas*, p. 42.

³¹ ARLT, “Un paquete de caramelos”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 20 de octubre de 1931, en ARLT, *Secretos*, p. 73.

ro”³². Ahora bien, un paliativo al aburrimiento matrimonial para las esposas es el cine³³, al que concurren acompañadas para evitar los ya mencionados peligros callejeros.

El casamiento es representado como una estrategia desarrollada por las jóvenes muchachas cuyo propósito es un buen pasar económico o un ascenso social. De esta manera, los cálculos materiales predominan sobre los principios morales para elegir a los candidatos. La vida matrimonial implica situaciones de monotonía y una aceptación de las tareas domésticas y maternas para las mujeres, representaciones que nos acercan a los principios de la ideología de la domesticidad.

¿EXISTE LA FELICIDAD PARA LA MUJER QUE TRABAJA?³⁴

Esta pregunta que una empleada de escritorio realiza al cronista es prueba de una acuciante necesidad que poseen “muchas mujeres que trabajan encarnizadamente”³⁵: costureras, modistas, pantaloneras, alpargateras, planchadoras, lavanderas, sirvientas, mucamas, criadas, cocineras, manicuras, dactilógrafas, empleadas de escritorio, empleadas de correo, corresponsales, maestras. Todos estos oficios y profesiones están vinculados al sector terciario o de servicios de la economía urbana. Raramente, Arlt hace referencia a las obreras³⁶.

Las costureras invierten sus días inclinadas sobre la máquina de coser, la Singer, “haciendo pasar metros y metros de tela... para luego cambiarse, preparar el paquete y salir cargadas y volver con otro bulto al que hay que ‘pasarle a la máquina’”³⁷. Ellas cosen tanto de solteras como de casadas, para complementar los ingresos de los padres o de los esposos, es decir, lo hacen por una imperiosa necesidad económica. En ningún momento se desentienden ni del trabajo doméstico ni del cuidado de los menores (hermanos

³² ARLT, “La primera escaramuza”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 7 de octubre de 1931, en ARLT, *Obras*, p. 82.

³³ ARLT, “El cine y las costumbres”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 16 de diciembre de 1931, en ARLT, *Obras*, p. 264.

³⁴ ARLT, “¿Existe la felicidad para la mujer que trabaja?”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 23 de agosto de 1937, en ARLT, *Las muchachas*, p. 22.

³⁵ *Ídem*, *ibidem*.

³⁶ ARLT, “El voto a la mujer”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 19 de junio de 1930, en ARLT, *Las muchachas*, p. 37.

³⁷ ARLT, “La muchacha del atado”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 19 de noviembre de 1929, en ARLT, *Las muchachas*, p. 14.

o hijos). Arlt representa a estas trabajadoras como víctimas de un exceso de trabajo que las agota, al límite de envejecerlas y hacerlas desdichadas:

¿Cuántos minutos de felicidad han tenido estas mujeres? [...] Nunca. [...] Nada más que un problema: la escasez de dinero. Y junto a esto la espalda encorvada, unos ojos que cada vez van siendo menos brillosos, un rostro que año tras año se va arrugando un poquito más [...] ³⁸.

Pero también hacen “rechinar la Singer”³⁹ mujeres casadas con hombres que han optado por no trabajar, squenunes⁴⁰, candidatos que rechazarían las madres, futuras suegras, con el firme propósito de la promoción socioeconómica de sus hijas. Estas costureras comparten una situación similar a las planchadoras casadas con los hombres de las camisetas caladas⁴¹ o los hombres del umbral⁴²:

Todos los consortes de las planchadoras son fiacas declarados. El que más labura es aquel que hace diez años fue cartero. Luego lo exoneraron y no ha vuelto a laburar. Deja que la mujer pare la olla con la cera y el fierro. Él es cesante. [...] Hace diez años que lo dejaron en la “vía”. A todos los que quieren escuchar les cuenta la historia. Luego se sienta en el umbral de la puerta de calle [...] ⁴³.

Para Arlt, estas mujeres han elegido mal a su candidato, por lo tanto el matrimonio no resultó una solución económica, sino algo que trastocó los papeles determinados por la ideología de la domesticidad, puesto que ellos viven en el absoluto ocio mientras ellas practican tareas masculinas, es decir son proveedoras del presupuesto familiar, sin por ello abandonar sus obligaciones de amas de casa y madres. La felicidad de las planchadoras radica en la fidelidad conyugal que les profesan sus maridos: “Él no se mete con nadie. Más de una ricachona quisiera tener un marido tan fiel”⁴⁴. Un extraño orgullo que las acerca a la resignación por su exceso de actividad.

³⁸ ARLT, “La muchacha del atado”, cit., p. 16.

³⁹ ARLT, “La vida contemplativa”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 7 de enero de 1930, en ARLT, *Obras*, p. 173.

⁴⁰ ARLT, “Divertido origen de la palabra ‘squenun’”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 7 de julio de 1928, en ARLT, *Obras*, p. 68.

⁴¹ ARLT, “El hombre de la camiseta calada”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 3 de septiembre de 1928, en ARLT, *Obras*, p. 45.

⁴² ARLT, “El hombre del apuro”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 14 de agosto de 1930, en ARLT, *Obras*, p. 147.

⁴³ *Ídem, ibídem.*

⁴⁴ *Ídem, ibídem.*

El mundo de las empleadas de escritorio está integrado por mujeres que realizan tareas administrativas relacionadas con actividades contables, manejo de correspondencia, despacho de cartas en la oficina de correos. Estas empleadas poseen salarios muy variados que les permiten un estilo de vida entre austero y confortable.

La empleada, joven soltera de veinticuatro años, que gana 130 pesos mensuales y que es aquella que se pregunta por la posible felicidad para la mujer que trabaja, confiesa que su situación económica no mejoraría si se casara, porque nunca encontraría un candidato con un sueldo que triplicara el de ella: “¿Qué vida cumpliría yo junto a un hombre que no tiene capacidad para ganar sino ese sueldo?”⁴⁵. Los candidatos que están a su alcance no la seducen como compañía, ya que “tienen ideas hechas cuando tienen alguna idea. No saben hablar de nada que sea serio o importante”⁴⁶. El matrimonio no implicaría ni solución económica ni una gratificación espiritual. A ello se agrega que el trabajo en la oficina compite en el uso del tiempo con el noviazgo, razón que hace que sean escasas las horas que esta mujer podría destinar a un prometido. La alternativa que se esboza ante la insatisfacción que generan la monotonía laboral y el escaso interés que despierta el matrimonio es el estudio del idioma inglés en una academia donde toma clases diariamente luego de la oficina. Esto es concebido como “una puerta abierta a otro mundo”⁴⁷. ¿Viajar tal vez? Ahora bien, esta trabajadora soltera se considera libre en tanto y en cuanto ni su madre ni sus hermanas exigen una rendición de cuentas acerca del uso de sus tiempos laborales y no laborales que incluyen sesiones de cine y viajes de esparcimiento al Tigre y La Plata.

La empleada que gana 300 pesos mensuales es una soltera de treinta y cinco años que, “empleada desde hace varios años en una casa importante [como] corresponsal”⁴⁸, compara su soltería con el matrimonio y la maternidad de su hermana. Si bien el casamiento de ésta ha sido exitoso, su vida ha devenido monótona y ajena a cualquier inquietud extrahogareña como las actividades de lectura, porque las tareas domésticas y el cuidado de los hijos ocupan su tiempo. Esta situación causa rechazo en la trabajadora soltera, quien subraya que ha optado por su soltería, tendencia que según ella se está incrementando:

⁴⁵ ARLT, “¿Existe la felicidad...?”, cit., p. 24.

⁴⁶ *Ídem, ibídem*, p. 25.

⁴⁷ *Ídem, ibídem*.

⁴⁸ ARLT, “Opina una soltera”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 2 de octubre de 1931, en ARLT, *Secretos*, p. 84.

Me estoy dando cuenta de que a medida que pasa el tiempo, más refractarias al matrimonio se están volviendo las mujeres que se ganan bien la vida. [...] Hay un porcentaje elevado de muchachas que aspiran a resolver su problema económico con el matrimonio, no se lo negaré: pero déle durante dos o tres años a una mujer oportunidad de ganarse decentemente la vida, y verá cómo esa mujer, a medida que se va volviendo consciente de sus fuerzas, se hace cada vez más refractaria a dejarse engranar por una vida donde hay diez obligaciones para una sola satisfacción⁴⁹.

La elección de la soltería y del trabajo asalariado es representada como una manera de resolver la situación económica opcional al matrimonio, puesto que éste trae aparejado demasiadas responsabilidades tanto domésticas como maternas. Según Arlt, todas las mujeres tienen la capacidad para ganarse la vida⁵⁰. Es la oportunidad para hacerlo lo que deben buscar. El resultado es la libertad obtenida para moverse en la sociedad sin necesidad de darle explicaciones a ninguna persona. “Yo estaba muy bien empleada, ganaba quinientos pesos mensuales y era tan dueña de mí misma como ahora”⁵¹, confesará una reportada al cronista, situación que también subrayaba la correspondencia: “Hago lo que se me da la santísima gana”⁵². De esta manera, la promoción social deviene una reivindicación individual, no siempre acompañada del reconocimiento del entorno debido a los estigmas difundidos por los principios de la domesticidad.

Ahora bien, las oportunidades para empleos interesantes desde el punto de vista de la actividad y de la remuneración estaban destinadas a aquellas mujeres que integraban los grupos económicamente mejor posicionados de los sectores sociales en ascenso, básicamente porque ellas habían accedido al sistema educativo formal e informal y no habían sufrido apremios económicos que las lanzaran al mercado laboral desde niñas. Para las mujeres de sectores de menores ingresos (¿costureras y sirvientas?) esas oportunidades estaban vedadas⁵³ o eran de más difícil acceso, ya fuera porque no estaban capacitadas o porque no tenían posibilidades materiales de estarlo dados los apremios económicos que vivían.

La referencia a “la oportunidad de ganarse decentemente la vida” abre el análisis hacia las representaciones de “el mal paso” o “la caída” en las

⁴⁹ *Ídem, ibídem*, p. 86.

⁵⁰ ARLT, “Casarse porque sí”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 16 de mayo de 1931, en ARLT, *Secretos*, p. 94.

⁵¹ ARLT, “Lo esencial es casarse”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 21 de mayo de 1931, en ARLT, *Obras*, p. 312.

⁵² ARLT, “Opina una soltera”, cit.

⁵³ ARLT, “El voto a la mujer”, cit., p. 36.

Aguafuertes. Arlt se refiere a “una pobre mujer” protagonista de “el mal paso”, es decir practicante del acto sexual cuando joven soltera. Ella pudo recuperar su condición de decencia gracias a su participación en el mercado de trabajo: “Continué trabajando para ayudar a mi madre y a mis hermanitos”. Luego se casó y su pasado moralmente incorrecto puso en jaque su matrimonio. Sin embargo, esta pobre mujer reivindica la situación laboral como manera de eliminar la inmoralidad: “La mujer que peca pero que se redime y trabaja honradamente para sí merece ser apreciada como esposa”⁵⁴. En este caso no es el mundo del trabajo la puerta de acceso a valores poco éticos, sino la posibilidad de recuperar una aceptación social, aunque el estigma del pasado ignominioso persigue a la protagonista.

Un comentario específico atraen las mujeres que participan en emprendimientos familiares, es decir aquellos en los que todo el grupo familiar está involucrado. Son las esposas que están en el café en tareas de administrar el cobro de los bienes consumidos –“la caja”– o manejar la victrola⁵⁵; aquéllas casadas con carniceros que controlan la venta de verduras⁵⁶; las cónyuges de los almaceneros “al frente de la caja”⁵⁷; las que cuidan los comercios al por menor ubicados en la calle Corrientes, entre Medrano y Pueyrredón⁵⁸. Ellas no reciben una remuneración por la tarea realizada fuera del hogar, no son asalariadas, pero su trabajo contribuye al presupuesto de la familia, ya que si ellas no estuvieran en el emprendimiento, el marido debería contratar a alguien que hiciera tales actividades, y este sueldo reduciría el ahorro familiar. Arlt se refiere a la tragedia del hombre honrado, el cual prefiere tolerar las miradas que los concurrentes al café realizan sobre su esposa cuando ella opera la victrola, a pagar un sueldo para que alguien realice esa tarea. La elección no deja de ser un sufrimiento para él⁵⁹.

⁵⁴ ARLT, “Una pobre mujer”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 3 de marzo de 1930, en ARLT, *Secretos*, p. 40.

⁵⁵ ARLT, “Padres negretos”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 25 de enero de 1930, en ARLT, *Obras*, p.127; “La tragedia de un hombre honrado”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 1 de febrero de 1930, en ARLT, *Obras*, p. 80.

⁵⁶ ARLT, “No se lo decía yo”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 25 de septiembre de 1928, en ARLT, *Las muchachas*, p. 99.

⁵⁷ ARLT, “Elogio de un lavacopas”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 30 de julio de 1928, en ARLT, *Las muchachas*, p. 103.

⁵⁸ ARLT, “El espíritu de la calle Corrientes no cambiará con el ensanche”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 25 de julio de 1928, en ARLT, *Obras*, p. 169.

⁵⁹ ARLT, “La tragedia de un hombre honrado”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 1 de febrero de 1930, en ARLT, *Obras*, p. 80.

También el cronista menciona a las dueñas de pensión, mujeres viudas que alquilan cuartos y dan comida a cambio de dinero. Personal de servicio doméstico trabaja para ellas: sirvientas y criadas⁶⁰. En este caso, están representadas pequeñas empresarias que administran su propio emprendimiento, sin la supervisión de un marido.

Mujeres costureras que trabajan por una imperiosa necesidad económica, mujeres planchadoras cuya actividad laboral mantiene el presupuesto de sus hogares, mujeres que colaboran con los emprendimientos familiares –“victrolistas”, “cajeras”, “vendedoras”–, todas ellas practicantes de dobles jornadas que refuerzan los vínculos con lo doméstico: representaciones que, si bien siguen los principios de la ideología de la domesticidad, empiezan a estar en contradicción con ellos porque muestran una presencia pública femenina justificada por la búsqueda de cierto bienestar material, por momentos cercano a la subsistencia, pero también con el objetivo de la promoción social.

Mujeres “pensionistas” que devienen pequeñas empresarias, mujeres “empleadas” que eligen trabajar y permanecer solteras porque el matrimonio no las gratifica ni en lo material ni en lo espiritual, mujeres que limpian un pasado ignominioso gracias al trabajo: representaciones que contradicen la ideología de la domesticidad porque manifiestan una presencia pública de mujeres que reivindican su nuevo lugar. En estos casos la promoción es más individual que social y más simbólica que material. Individual porque su condición de trabajadoras es una reivindicación personal y no un reconocimiento del entorno social. Simbólica porque no siempre se acompaña de dignos salarios.

REFLEXIONES FINALES

Los procesos modernizadores en Buenos Aires crearon situaciones contradictorias en las que las mujeres eran consideradas madres pero al mismo tiempo encontraban un mercado laboral que demandaba sus fuerzas.

Roberto Arlt se apropia de la ideología de la domesticidad en sus *Aguafuertes*. Aunque aparece como reproductor de sus principios, sus escri-

⁶⁰ ARLT, “Soliloquio del solterón”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 8 de julio de 1931, en ARLT, *Obras*, p. 50; “Ni los perros son iguales”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 19 de enero de 1930, en ARLT, *Obras*, p. 75; “El siniestro mirón”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 25 de febrero de 1930, en ARLT, *Obras*, p. 77; “Diálogo de pensión”, diario *El Mundo*, Buenos Aires, 18 de enero de 1932, en ARLT, *Secretos*, p. 58.

tos presentan situaciones indicativas de las grietas que dicha ideología poseía. Si bien la femineidad se definía a partir de la maternidad, y las trabajadoras asalariadas eran estigmatizadas con la sospecha moral del uso de sus cuerpos, el estereotipo de la empleada exitosa en su oficio no encuadra en ninguna de esas situaciones. De esta manera, nos encontramos ante un imaginario en crisis que no termina de significar la presencia pública de las mujeres.

Lo que las representaciones de Arlt ponen en evidencia es que el trabajo femenino asalariado era una manera de participar en el proceso de promoción social, ya como reivindicación simbólica desde la experiencia individual, ya sea como una manera de alcanzar o mantener cierta prosperidad material del grupo familiar.

Las jóvenes porteñas de los sectores en ascenso social encontraban para sus vidas dos soluciones económicas, asociadas al objetivo de la promoción social: un matrimonio conveniente o un trabajo no mal remunerado. Ambas situaciones podían desembocar en la monotonía o bien en la felicidad. Mientras la primera era coherente con los principios de la domesticidad, la segunda los cuestionaba radicalmente.

RESUMEN

En Buenos Aires los procesos modernizadores iniciados a fines del siglo XIX originaron importantes transformaciones sociales, dentro de las cuales nos interesa destacar la participación femenina en el mercado laboral y sus vinculaciones con el fenómeno del ascenso social. La problematización del trabajo de las mujeres fue uno de los temas debatidos entonces que llamó la atención de los contemporáneos. Esta comunicación pretende analizar las imágenes que sobre dicha participación elaboró Roberto Arlt en la prensa porteña a lo largo de la década de 1930. Se buscará reproducir las tensiones que el trabajo femenino asalariado creaba en el imaginario social de esos años.

PALABRAS CLAVE:

Roberto Arlt - mujeres - trabajo femenino - domesticidad - sectores medios.

ABSTRACT

The modernizing processes initiated in Buenos Aires, at the end of the nineteenth century, originated important social transformations, among which we intend to highlight the feminine participation in the labour market and its connection with social ascent. Women's labour was one of the issues then debated that called the attention of the contemporaries. This paper seeks to analyse the images of that participation elaborated by Roberto Arlt in the Argentine press, throughout the thirties. The aim is to show the tensions that feminine paid labour created in the social imagery of those years.

KEY WORDS:

Roberto Arlt - women - feminine labor - middle class.